

Siete

Un ruido me sacó de mi ensimismamiento. Oí que Laura gritaba y, sin pensarlo, corrí hacia su cuarto. No temí encontrarme allí con Daniel, a fin de cuentas habíamos acordado —¿de verdad?, ¿de mentira?— que una de mis responsabilidades contraídas en aquella casa era cuidar de ella. Me asomé sigilosamente por la puerta entreabierta. Laura volvió a gritar, sobresaltada, incorporándose y cubriéndose el cuerpo con la colcha. Daniel no estaba dentro, probablemente no estaría en casa, habría salido sigilosamente, como él siempre salía o entraba: O tal vez se había quedado dormido en el cuarto de la música —así lo llamaba yo— y no había oído los gritos o, de haberlos oído entre sueños, o muy despierto, había decidido no acudir en su ayuda porque estaba demasiado acostumbrado a ellos y sabía lo que daban de sí y adónde conducían, o porque no quiso que nada ni nadie le sacara de su quieta indolencia, de su abandono, de su huida de la vida y el mundo.

—Soy yo —le dije, con esperanza de que me reconociera y sin atreverme a dar un paso adelante por si volvía a gritar. Me quedé pegado a la puerta, como si alguien estuviera empujando desde fuera y yo hiciera fuerza para no dejarle entrar. Laura miraba con miedo y protegía su cuerpo con la misma fuerza con que yo apretaba la puerta con mis manos.

—Soy yo —insistí, al mismo tiempo que, con el dedo índice en los labios, le sugería que no gritara más.

—Me has asustado —dijo, con alivio y con alarma a un tiempo, sin saber muy bien aún cuál de los dos sentimientos dominaba en ella en ese instante.

—Pensé que te morías —le dije bajando mucho la voz, por temor a que me oyeran.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, ya más tranquila.

—Has gritado como si te degollaran.

—¿De veras?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Estaría soñando —dijo con voz suave y tranquila, repuesta del todo del susto. Buscó mecánicamente un cigarrillo en la mesilla y, luego, al ver que la cajetilla estaba vacía, me pidió a mí uno.

—No fumo —contesté palpándome los bolsillos del pantalón.

—Mira a ver si hay tabaco en casa, por favor —me suplicó, poniendo cara de que su bienestar dependía radicalmente de poder fumar o no.

Llamé repetidas veces a la puerta del cuarto prohibido que estaba a la entrada de la casa, junto a la puerta de la calle. Llamé con cuidado, con extrema suavidad, temiendo que pudiera molestar aun en el caso de que mi llamada respondiera a una angustiada urgencia (que no era el caso, por lo demás, aunque Laura hubiera querido disfrazar su apetito de necesidad angustiada). Me había hecho a la idea de que esa habitación era el lugar más vigilado por Daniel, el que tenía reservado para las conversaciones más secretas que mantenía con ciertos personajes que le visitaban periódicamente, al que se retiraba cuando quería estar de verdad a solas consigo mismo, leyendo otra cosa que no fueran novelas policiacas o revistas porno, oyendo música —jazz o música clásica, habitualmente— y dándole vueltas a su vida por si aún había algo que hacer con ella.

A pesar de no haber surtido efecto mi llamada, pegué la oreja a la puerta para intentar distinguir de esa manera algún sonido de palabras dichas o movimientos realizados. Había luz dentro, no había duda, pero no parecía que hubiera nadie o, en todo caso, ese alguien, de estar dentro, debía de estar dormido. Seguí un poco más con el oído pegado a la puerta, dispuesto a percibir el compás de la respiración del durmiente y a imaginar el sueño que alimentaba ese fuelle de latidos que no podía escuchar.

La voz de Laura me recordó que buscaba cigarrillos en vez de sueños ajenos. A Daniel no se los pude pedir porque estaba dormido, supuse. Llamé varias veces, di golpecitos en la puerta, cada vez más fuertes y sonoros, «Daniel, soy yo», dije varias veces, y nadie contestó en ningún caso. No me atreví a entrar, tuve miedo, temí profanar su

intimidación, sus pinchazos, sus venas agujereadas, su huida maltrecha, su desoladora deserción. Busqué en el salón y no encontré rastro de cajetilla (aunque sí más de un cenicero repleto de colillas). Miré en la cocina, en el baño, en las habitaciones de atrás y no encontré cigarrillos.

—Lo siento —le dije al regresar a su cuarto—. No hay tabaco en casa.

—¿No tenía Daniel? —preguntó con asombro.

—No debe de estar en casa, no ha respondido —contesté.

—¿Has mirado en la habitación de la entrada?

—Sí.

—¿Y no estaba allí?

—No ha contestado nadie —dije.

—Pero ¿has mirado dentro?

—No, sólo he llamado —contesté—. No me he atrevido a entrar.

—Estará dormido —dijo, y se encogió de hombros, como si no le importara nada dónde estuviera Daniel pero lamentara no poder fumar. Se recostó y puso bien los cojines en los que apoyaba su espalda. Llevaba un camisón que se debía de haber puesto mientras yo buscaba tabaco. Me pareció incluso que se había maquillado precipitadamente sus ojos negros, ahora más negros y menos soñolientos. Su pelo castaño, peinado con una raya lateral que dejaba a los dos lados una cascada de cabello liso y brillante, y puede que teñido con mechadas discretas de color caoba, le daba un aire de actriz que había sido sorprendida fuera del plató por un admirador y que había recuperado como había podido (tal vez ayudada por el hábito de improvisar y correr en los rodajes) su aspecto más favorable sin aparente esfuerzo. Una ligera capa de maquillaje (deduje) quitaba hierro a su habitual palidez. Sus labios gruesos y bien trazados brillaban como si tuvieran una capa de humedad natural o como si acabaran de humedecerlos con una barra de cacao.

—Siéntate si quieres —dijo.

—Estoy bien de pie —contesté, supuse que intimidado por la posibilidad de que Daniel me encontrara allí o tal vez (pensé acto seguido) relegándome inconscientemente a un segundo plano que implicara a ojos vistas, ante cualquier sorpresa inesperada, una evidente y justificada provisionalidad de mi presencia allí.

—Es que te oigo mal —se quejó Laura—. No me hagas poner la oreja de soplillo cada vez que me hablas —y se rió de su propia ocurrencia y del gesto característico de los sordos que había hecho para que se le entendiera. En el instante en que sonreía, su tristeza (que me había parecido hasta entonces el toque más profundo de su personalidad) se retiraba prudentemente a un segundo plano, como lo haría un sirviente al que una discreta señal convenida le indica que es hora de dejar solos a los comensales pero no desasistidos del todo. Si es preciso, si la ocasión lo requiere, tiene que estar disponible para satisfacer cualquier demanda que pueda surgir en el curso de una reunión que ni el anfitrión ni los invitados saben cuándo terminará. La tristeza de Laura se había retirado pero permanecía atenta detrás de la puerta, en un cuarto especial habilitado para los sirvientes, por si el chasquido de unos dedos o su nombre propio puesto en boca de cualquiera de los invitados reclamaba su presencia.

Me acerqué a su lado y me senté en el sillón que estaba junto a su cama. Previamente, con cuidado, había quitado la ropa que había sobre él, unos pantalones vaqueros desgastados —Levi's Strauss, etiqueta roja, creo recordar—, una camisa blanca arrugada, una camiseta negra con un dibujo que me pareció un paisaje desvanecido, una chaqueta de cuero negro y ropa interior. Coloqué las prendas sobre la cama y sobre una silla que había tras de mí. Los sujetadores también los coloqué, con naturalidad, como si estuviera acostumbrado a ordenar las prendas interiores de una mujer cuya belleza respetaba muy seriamente. No sé si ella siguió con curiosidad mis operaciones, pero yo sentí un cosquilleo confuso dentro de mí porque me pareció que la estaba tocando cada vez que me hacía cargo de cada una de sus prendas. Por eso, cuando llegué a las bragas que había debajo del resto de la ropa, el cosquilleo se convirtió en una emoción fuerte, como si se las hubiera quitado para enseñar su cuerpo a mí, a mí exclusivamente y no a otro. Salí a relucir entonces, de una manera natural, mi respeto reverencial por el interior de las mujeres, por lo que yo consideraba que era su primer interior, lo primero que se veía cuando se quedaban desnudas.

—Pareces un experto amo de llaves —dijo, riéndose cada vez más, cada vez más recuperada de su susto, casi con una familiaridad que no esperaba de ella y que me sorprendió.

—Hago lo que puedo —repliqué, mirándola de refilón, yo también sonriente, mientras me preocupaba de que todas las prendas quedaran bien colocadas.

—Me gustaría tener un sirviente así —musitó, mientras buscaba otra postura y me miraba como hubiera podido mirar a una amiga que había acudido a visitarla para mitigar los efectos de una convalecencia que se había prolongado más de la cuenta.

—Estoy a tu disposición —dije, convencido de que decía la verdad.

—Pues entonces te pido un favor. Prepárame un té muy cargado. En la cocina hay bolsitas y vasos. Sin fumar y sin té no valgo para nada —dijo bostezando y arqueando el cuerpo con indolencia.

Abrí la puerta cautelosamente, miré ridículamente a los dos lados por si venía alguien y entré en la cocina medio destartada y mal iluminada en la que me pareció que hacía tiempo que no se cocinaba. Había pocos muebles, una cocina de gas con los fuegos sucios, tazas desportilladas, algún que otro plato suelto, los restos de una cubetería barata y dos o tres vasos grandes de té, cada uno con un agarradero metálico, que me hicieron pensar que me encontraba en Inglaterra y no en España. Un detalle me llamó la atención: en la pared más oscura había un cuadro que me pareció del mismo autor del cuadro apaisado que colgaba en el salón. Un entramado geométrico, con rojos deslavazados y amarillos intensos, me hizo pensar en un trigal cuando las amapolas crecen frenéticamente y las espigas maduran y se doran como si fueran metales expuestos al buril de un artesano que ha esperado pacientemente muchos años para poder trabajar al fin sobre ellos; dos instantes distintos del año, la primavera y el verano, pero que yo reuní en la misma estación, julio probablemente, verano consumado, alto verano despiadado de calores de muerte en el que todavía perduraban milagrosamente las amapolas, todavía no agostadas ni quemadas, y me gustó mucho que fuera así, que algo o alguien traspasara el límite que le habían asignado para su vida, algo por lo tanto que no era exclusivamente esclavo de su tiempo limitado y parco, el tiempo exclusivamente de su muerte, como recordaba que había dicho Martha con fatal y serena melancolía. Me gustaba pensar en un trigal salpicado de amapolas en medio de una cocina inhóspita cuya ventana daba a un patio que me recordó a un pozo cegado sobre el que no podía descender jamás ni siquiera la luz de la luna. El fuego

de las amapolas brilló por un instante y me pareció que ardía mejor que el fuego de la cocina de gas que no pasaba de ser una llama débil y macilenta, apenas un suspiro de luminosidad y calor perdido en el éter de la noche.

Eché agua hirviendo en el vaso, puse dentro dos bolsas de té —me había dicho *muy cargado*— y llamé a la puerta pidiendo permiso, como si fuera un solícito camarero.

—Té caliente para la señora —dije, adoptando los modales ceremoniosos y trasnochados de un sirviente a la antigua.

—Déjalo sobre la mesilla, por favor —dijo Laura—. Eres muy amable.

—Soy tu sirviente, ya lo sabes —dije.

Cuando pronuncié esa frase de aceptación y sometimiento, sólo pensé en que estaba a disposición de ella y que podía contar conmigo incondicionalmente como un sirviente que da su vida por el señor que le ha contratado y del que ha acabado siendo su colaborador más íntimo, su más paciente confidente y, tal vez, su más firme baluarte afectivo (¿algo parecido a la docilidad de los perros, tan queridos y que quieren tanto, pero que no se quejan?).

Coloqué el té sobre la mesilla. Ella se incorporó, cogió el vaso y dio sorbos cortos y mantuvo el vaso en su mano, mirándolo fijamente, como si esperara descubrir algo en el fondo del líquido, tal vez su propia imagen recuperada del naufragio de un reflejo que se había roto tras el acoso de un oleaje que había sacudido la quietud del agua hacía mucho tiempo; o tal vez su propia vida encontrada por un instante y perdida luego, un poco más tarde, días más tarde, años más tarde. Miraba el té y bebía; dejaba de beber y miraba, yendo y viniendo de ese gesto ensimismado en el que nada ni nadie tenían cabida, excepto ella misma.

Mientras ella se buscaba, yo comprobé que el cuarto seguía tan desordenado como la primera vez que lo vi. Sólo los libros estaban en su sitio, sobre la cómoda, sobre el anaquel que había encima del cabecero, incluso sobre las dos mesillas, formando torres en apariencia resistentes. El resto, incluidas las ropas que yo acababa de ordenar, seguía dando la impresión de provisionalidad y abandono, como si ni Laura ni Daniel quisieran hacerse cargo de sí mismos por medio de ese desorden que anunciaba que en cualquier momento cualquiera

de los dos podría desaparecer sin previo aviso, igual que a veces un viajero abandona un hotel precipitadamente sin más razón aparente que el malestar que provoca en él la habitación que le han asignado, que no es una habitación inhóspita, que es luminosa, que incluso tiene vistas entretenidas y curiosas, pero que, por alguna razón que ni siquiera el viajero conoce, provoca en él la sensación de no estar debidamente alojado, de ser un extranjero en su propia habitación. Supuse que tanto Daniel como Laura eran extranjeros allí y que por eso tenían ese desorden, esa especie de crónica provisionalidad que a lo mejor iba a durar toda su vida en cualquiera de las habitaciones que ocuparan.

Me detuve en mi imagen reflejada en el espejo del armario, un tanto espectral y desfigurada, revestida de las sombras que nacían de la poca luz que iluminaba el cuarto. Me reconocí como entre nieblas, lejano y próximo a la vez, familiar y extraño a un tiempo. Tuve la tentación de decir: «¿Quién es ese, Laura?», e inmediatamente me saludé a mí mismo como a un viejo conocido que hacía mucho que no veía pero cuyos rasgos reconocí al instante entre la confusión de la gente que se interponía entre él y yo. El perfil de Laura, reflejado en el espejo, con los hombros semidesnudos y el vaso de té entre las manos, confirmó su belleza pero le añadió la rareza inexplicable de las cosas que se reflejan. Era Laura pero no parecía ella. Era bella pero no parecía su belleza. Vi cómo bebía té y cómo miraba el fondo del vaso, sintiéndose tal vez feliz por haber encontrado un lugar donde quedarse tranquilamente a vivir por un instante que en su conciencia tal vez equivaliera a la eternidad, no lo pude saber. Me gustó, de todas formas, verla así, en un ángulo que desconocía hasta entonces y que sería irremediablemente el último porque una escena así, con una imagen así, condicionada por la luz que daban las lámparas de las dos mesillas, por mi presencia furtiva a su lado haciendo de solícito e incondicional sirviente, por su ensimismada entrega al té que estaba bebiendo y —tal vez sobre todo— por la ausencia de Daniel, no se volvería a repetir. La volvería a ver, pero no exactamente con ese perfil que la alejaba sometiéndola por un instante a la fascinación de la lejanía, a ese horizonte en el que fulguraba la belleza inatrapable que no puede ceder ni un punto a la tentación de las reclamaciones de los que miran porque, si lo hiciera, se degradaría y perdería el aura de di-

vinidad distante que sólo se podría ver de vez en cuando, cuando ella quisiera, cuando saliera a pasear por la calle y se entrecruzara con alguien que la mirara y ella, sin ser grosera ni altiva ni desdeñosa, siguiera su camino, sin dar mucha importancia a esa mirada que parecía implorarle que se quedara allí para siempre, como una esclava sometida al rigor de los caprichos de un señor obsesionado por su belleza.

La miré sintiendo por primera vez por ella más amor que curiosidad. Se trataba del amor que me obligaba a creer con firmeza —aunque no sabía con qué grado de duración— que esa mujer era, como decía uno de mis autores favoritos, una promesa de felicidad. No me refiero al amor sólido y contrastado que ha pasado por la prueba del tiempo, ni tampoco al amor de las pasiones instantáneas que duran lo que dura la aparición de una luz avasalladora, de origen desconocido, que nos ciega y, lejos de orientarnos, nos impide seguir caminando (pero no lamentamos esa ceguera, la queremos y necesitamos, la buscamos, nos gusta no ver si a cambio nos sentimos de esa manera tan privilegiados y felices). Me refiero al amor que se manifiesta como una incondicional creencia en el ser que tenemos delante porque confiamos no sólo en lo que puede hacer, sino, sobre todo, en lo que es en ese momento, en ese momento privilegiado en el que se ha tenido la certidumbre de que ella es exclusiva y definitivamente la vida, la razón única por la que queríamos seguir avanzando a pesar de que todo el mundo nos gritaba que no lo hiciéramos, que ya era demasiado tarde, que el terreno era peligroso, que los mapas eran malos y que las trampas eran seguras. Y no importaban nada todas esas advertencias porque se nos había metido en la cabeza que la vida estaba en alguna parte y que ella sola justificaba todos los riesgos que había que arros-trar en aquella expedición que llegó a buen puerto, pues ella estaba allí, bebiendo el té, reflejándose distraídamente en el espejo, alcanzando los cerros de la lejanía y volviendo luego a la inmediatez de la respiración que se oye.

Los gestos, las posturas, los silencios, las palabras, las ropas, la desnudez, las insinuaciones, los encubrimientos, las miradas, los olores, todo, absolutamente todo está a favor de ese sentimiento que impulsa la entrega fervorosa a los demás y que nos empuja al descubrimiento de su impenetrable misterio, el misterio de los demás que sólo

por medio del amor cede, como cede el agua misteriosa cuando quieren las manos sucias purificarse y redimirse.

Cierta clase de amor vi en la imagen de Laura reflejada en el espejo, esa clase de amor que también me imponía la doble exigencia de la protección —veía a Laura irremediablemente desprotegida, una enferma de muchas enfermedades— y del conocimiento. Quería protegerla y, en cierto modo, eso era lo que estaba haciendo allí: protegerla. (¿O no había acudido a su lado en cuanto la oí gritar? ¿O no permanecía a su lado a pesar de que corría el riesgo de que Daniel me sorprendiera en aquella furtividad que despertaría en él el recelo de la sospecha, la cólera del despecho y la inmediata expulsión de la habitación y de su casa?). «Estás aquí porque la deseas y estás preparando el terreno», pensé que pensaría en el caso de que nos encontrara a esas horas solos ella y yo en su habitación. Pero yo creía ser su sirviente y su cuidador; su guardaespaldas también, el hombre que saldría en su defensa en el caso de que alguien —Daniel incluido— quisiera hacerle daño. Se toparía conmigo antes, allí, a su vera, como un médico, como un hermano, como un padre, como un amante. Y también quería conocerla, saber algo más de su vida, llegar incluso a ponerme en su lugar para entender por qué vivía como vivía. No me conformaba con saber que estaba allí porque la veían mis ojos en una noche del final del otoño, en una ciudad como Madrid, en compañía de un hombre de treinta y tantos años llamado Daniel Lewis, viviendo en una casa hermosa y destartalada, en la que lo que había en ella era como si no perteneciera a nadie, porque tal vez los que vivían en ella no querían pertenecer a nada ni a nadie. Quería saber, además de todo eso, quién era ella, cuál era el fondo verdadero de sí misma. Yo no sabía si eso existía —me refiero al fondo verdadero de alguien— pero, de existir, lo concebía en ese instante como la imagen hundida en el fondo del vaso de té que ella intentaba rescatar fijándose demasiado en ella.

Laura apenas salía de su habitación y, por lo que sabía, permanecía la mayor parte del tiempo echada en la cama, estuviera enferma o no. Daniel velaba su reclusión impidiendo celosamente que nadie entrara allí a pesar de que últimamente, al menos con respecto a mí, había notado que había bajado la guardia y había llegado incluso a invitarme a comprobar si Laura estaba enferma o no. Yo había considerado que esa concesión era un capricho pasajero que fácilmente se

podría convertir en recriminación hostil en el caso de que me sorprendiera conversando con naturalidad con Laura. Por eso, y a pesar de todo, cada vez que me encontraba con ella en su habitación sentía la sombra de Daniel sobrevolar sobre mí y temía que en cualquier momento irrumpiera allí y me exigiera cuentas nada amistosas por mi atrevimiento.

Laura sólo rompía su reclusión para salir espectralmente en camión por el pasillo oscuro —tal como la vi por primera vez— o, vestida con cierto aire de provisionalidad apresurada, para salir a la calle, hacer compras misteriosas que nunca quiso contarme —desde luego, no comida vulgar y corriente, pan, fruta, huevos, cosas así— y regresar enseguida al paraíso desordenado de su habitación velado habitualmente por la penumbra y el misterio. De Montréal, pasando por Chicago y Los Ángeles, había recalado en Madrid, de la mano de Daniel. Eso me había contado. Tenía una hija —no había precisado su edad— que vivía en Montréal con sus abuelos maternos. No hablaba de ella con pena por tenerla tan lejos. Simplemente la mencionaba, como un dato de su vida sobre el que un día tendría que ocuparse en serio aunque aún no sabía cuándo. Ahora estaba intentando descubrir si podría ser otra de la que había sido viviendo en Montreal una vida hogareña, sin sobresaltos, con el tiempo pautado por el crecimiento de su hija, su propio envejecimiento y la esperanza puesta en la felicidad de cada día. Ahora —desde hacía tiempo se podría hablar de ese ahora— intentaba salir de lo que ella había considerado una prisión, un encarcelamiento que no merecía. Ella merecía más, había pensado, tanto como muchas de las chicas que veía en las revistas de moda y que paladeaban el esplendor que sólo pensaba en ellas y en nadie más que en ellas. De ese esplendor que las deslumbraba pasarían después a los ojos de millares de personas anónimas que tejerían en torno a ellas el sueño de la felicidad que a su vez no eran capaces de encontrar en su vida normal y corriente. Por eso ella había decidido dejar a su hija y abandonar a su marido para conseguir el trato que su belleza merecía y que en la fría Montréal, cercada por las obligaciones familiares, aprisionada por la previsibilidad férrea de su futuro, nunca podría encontrar. Ahora estaba intentando convertir en realidad su sueño en aquella habitación a la que a veces sólo iluminaban dos velas puestas sobre las mesillas de la noche.

Pero antes de llegar allí había conocido a Daniel en Los Ángeles y se había quedado junto a él, aceptando la invitación de venir a España a resolver un problema familiar. No había puesto demasiadas pegas. No tenía nada que hacer especialmente interesante en Los Ángeles ni en ninguna parte. Todavía no había encontrado los focos que la sacaran de la niebla de sus días normales y corrientes y la lanzaran al sol del mediodía del deseo de tantos hombres fascinados por ella. ¿Por qué no aceptar entonces la invitación de un hombre joven, guapo y con dinero que la invitaba a ir a Madrid, una ciudad de un lejano país del que no sabía nada? Aceptó, claro que aceptó. Vino y se alojó en la habitación en la que ahora estábamos, compartiendo secretamente el vicio con Daniel, viendo sin ningún estupor cómo se desmoronaba día tras día la montaña de libros que recubrían las paredes de la casa. ¿Había visto ella alguna vez tantos libros juntos? ¿Sabía ella lo que significaban aquellos libros reunidos durante mucho tiempo por alguien que había muerto? ¿Tenía idea del pasado que estaba liquidando Daniel sin más aprensiones ni escrúpulos que los que le hacían meditar cuando hablaba conmigo en reuniones que podría haber evitado la casualidad sin que se resintiera su determinación de ser lo que sólo él podía ser, sin el condicionamiento de unas pertenencias que le estuvieran recordando constantemente su pasado? ¿Por qué dormía tanto?, quería saber también. ¿Estaba realmente enferma cuando parecía que lo estaba? ¿Eran sus ojeras ojeras de verdad o en realidad eran la oscuridad natural que rodeaba sus ojos hermosos, tal como yo suponía? ¿Por qué unas veces la había visto vestida como si fuera una modelo de pasarela —muy pocas veces, es verdad, o incluso una única vez probablemente— y otras la había visto abandonada a su suerte en un pasillo oscuro que parecía no acabar nunca, o al menos no acabar antes de que se acabara la vida? ¿Por qué le gustaba tanto el té? ¿Por qué se quedaba mirándolo en el vaso, como si fuera un espejo o la superficie de un lago tranquilo? ¿Por qué había visto algodones llenos de sangre debajo de la almohada la primera vez que entré en su habitación? ¿Por qué gritaba en sueños? ¿Tenía pesadillas? ¿Quiénes eran los protagonistas de la foto que tenía en la cartera y que yo había visto sobrepasando los límites de la curiosidad por las cosas ajenas? ¿Adónde quería llegar? ¿Quería llegar a alguna parte o se contentaba con los remansos que veía en la superficie del vaso lleno de té? ¿Te-

nía suficiente para resolver algunas de esas preguntas con la dosis de heroína que se administraba regularmente en las venas azuladas que atravesaban su antebrazo como si fueran arroyos que descendían precipitadamente hasta el río del que eran afluentes impulsados por la corriente de la sangre que a veces manchaba los copos de algodón que aparecían debajo de su almohada? Nunca se lo pregunté, nunca quise preguntárselo.

—¿Qué miras? —oí que susurraba a mi lado, rompiendo la cadena de mis especulaciones, que la tenían a ella como protagonista, precisamente. Había dejado el vaso sobre la mesilla y, con las manos cruzadas sobre el pecho, me miraba cándidamente, con una placidez que me hizo pensar en la quietud de los ingleses la primera vez que entré en esa casa (una quietud que se consigue a costa de grandes y prolongadas inocencias).

—Te miraba a ti —le dije recostándome sobre la butaca y cruzando las piernas—. También me miraba a mí. Me gusta saber lo que somos cuando nos reflejamos en los espejos. Tú no eres la misma. Eres igual, pero no eres la misma. Tienes un perfil precioso, por cierto.

—¿Y tú? ¿Eres el mismo? —preguntó, siguiendo mis disquisiciones (filósofo de mala muerte) sobre nuestra imagen reflejada en los espejos.

—No, tampoco soy el mismo —respondí, y no me arredré ante mi propia voz interior que denunciaba la inoportunidad de hablar de semejante asunto ante una mujer que parecía enferma y que podía estar enferma, o que esperaba cualquier otra cosa en vez de perder el tiempo hablando de los espejos y de lo que nos pasa o puede pasar cuando nos miramos en ellos. Por eso seguí diciendo—: No me reconozco, aunque sepa que soy yo. Pero hay algo que cambia. Nos dejamos mirar por dentro para mirarnos por fuera. ¿No te has dado cuenta de que por dentro acostumbramos a ser una cosa y que esa cosa muchas veces no se corresponde en absoluto con lo que somos por fuera? Haz la prueba. Interrumpe un día tus pensamientos bruscamente mientras te estás mirando al espejo y comprobarás que es como si salieras de un sueño cuyo protagonista no es la misma persona que aparece ante el espejo. Ese señor no soy yo, llegas a decir. ¿Y quién es entonces el que anda enredado en una maraña de pensamientos que le sería muy difícil identificar con precisión si se lo propusiera? ¿El mis-

mo que aparece en el espejo? Lo curioso es que, a fuerza de mirarte, llegas a reconciliarte contigo mismo pero, en ese mismo instante, desaparecen como por ensalmo los pensamientos y es como si te quedaras vacío y tuvieras miedo de mirarte al espejo porque o te asustas del vacío o te asustas del que estaba pensando lo que estaba pensando. Ya te digo, yo no me reconozco cuando me miro en un espejo. Siempre me parece que soy otro o que me faltan datos para reconocermé.

—¡Qué complicado! —dijo Laura con asombro ante mi palabrería, que tal vez fuera, sin ser yo muy consciente de ello, un reclamo para seducirla puesto que pensaba (tal vez tampoco muy conscientemente) que algunas mujeres caían rendidas ante exhibiciones de ese tipo llevadas a cabo por hombres que así parecían mucho más importantes de lo que eran de verdad (esos charlatanes que no tienen ningún inconveniente en hacer demostraciones públicas de sus muchos conocimientos con el fin de dejar clara su superioridad y, sobre todo, de encandilar a alguna de las mujeres que puedan estar escuchándolos).

—¿A ti nunca te pasa? —reaccioné indignado con el fin de involucrarla en mi maquinación y hacer que cayera así en la cuenta de que en ese aspecto no podía haber grandes diferencias entre ella y yo, por más que a ella mi divagación le hubiera parecido, como ella misma acababa de decir, demasiado complicada.

—Me gusta mirarme en el espejo, en todos los espejos, incluso en los que encuentro por la calle, roñosos a veces —dijo rápidamente, supuse que para zanjar con naturalidad mi disquisición y, si fuera el caso, para dejar claro (pero no creo que fueran los tiros por ahí) que con esas armas no tenía nada que hacer con ella. Y añadió, tal vez para desanimarme del todo—: No hay espejo que se me resista, cuando estoy de buen humor me paso horas enteras mirándome en ellos.

—Mejor para ti —le dije, consciente de que había sido una tontería hablarle a ella de lo que me pasaba a mí cuando me veía a mí mismo en un espejo o veía a otro que hacía lo mismo y que por alguna razón me interesaba. ¿Era consciente de que había fracasado mi inconsciente plan para seducirla?

Se me quedó mirando fijamente, como si yo fuera la superficie en calma en la que le gustaba contemplarse para perder durante un instante la noción del presente que vivía de espaldas a sí misma, tal vez

más encarcelada así de lo que lo estaba en Montréal con su hija, en compañía del futuro que había escrutado con el telescopio del miedo inabarcable y férreo. Estuve a punto de chasquear los dedos para que volviera en sí y se diera cuenta de que yo no era como el té caliente que acababa de beber. Yo no tenía ese color, ni estaba caliente, ni me estaba quieto como una superficie líquida sobre la que no soplabla el viento levantando los oleajes de la inquietud.

Me levanté, me dirigí hacia la cómoda y me puse a curiosear dándole la espalda con la intención de que olvidara que yo no era una superficie en calma. Los libros estaban primorosamente ordenados en contraste con el resto de las cosas que había en la habitación. Los poemas de Rupert Brooke seguían en su sitio, donde Daniel había decidido con su autoridad que debían estar. Un reloj de adorno hacía un tic-tac incómodo, como un latido de corazón que se oyera por obligación, y pensé que en plena noche podría resultar obsesivo, como una amenaza o un martirio soñados. Un pequeño cofre polícromado se situaba en el otro extremo custodiando, como una pequeña fortaleza, la curiosidad de los visitantes.

—¡Ten cuidado! —oí que dijo Laura, y al volverme asustado, vi que me señalaba el viejo reloj—. No lo dejes caer —gritó, con los ojos desorbitados, como si le fuera en ello la vida.

Lo agarré antes de que pudiera caerse —en realidad no corría tal peligro—, me lo quedé mirando y pensé que el cristal y las agujas se habrían roto y que el tiempo del que guardaría memoria aquel artefacto también se habría roto.

—Es uno de sus objetos favoritos —se justificó Laura—. Es el único reloj que funciona de verdad en esta casa.

Lo dijo con más desinterés que alivio o con más simulación que sinceridad. Me dio la sensación de que había suplantado el papel de Daniel —supuse que él también le habría gritado a ella en una situación semejante— pero que a la vez se distanciaba de él desentendiéndose de lo que no era suyo.

—¿De verdad que es tan importante para él? —le pregunté.

—Eso dice al menos —dijo con cierto fastidio, como si se hubiera olvidado del todo de su papel de guardián que la había obligado a gritar injustificadamente.

Seguía echada en su cama, su única y verdadera fortaleza, rodea-

da de los frascos de sus cremas, de las barras de labios, de las botellas de alcohol —había dos, al menos—, de las bolsas de algodón, de las jeringuillas que usaban los médicos para ponerle inyecciones, según me había dicho como respuesta precipitada a una pregunta mía que la había pillado desprevenida. Los libros que tenía sobre la mesilla de noche parecían la plataforma de un puente levadizo que se alzaría en el caso de que ella presintiera algún peligro inminente. El armario, a la derecha, en cuyo espejo yo me había estado perdiendo y donde veía pálidas proyecciones de nosotros dos y de lo que nos rodeaba, era un fornido contrafuerte que paraba las ráfagas del viento cuando azotaba queriendo a toda costa entrar en la casa cuyos habitantes no deseaban compartir la mesa con aquel visitante que no había sido invitado. También detenía el empuje de las lluvias otoñales e incluso desviaba las sombras que proyectaban los álamos al moverse en las noches de verano. A la izquierda vi la butaca habitualmente llena de ropas arrugadas, medio abandonadas como en un baúl improvisado en el que los últimos yacimientos de ropas vivían en completo abandono que sólo desaparecía cuando una necesidad inaplazable obligaba a Laura a buscar la prenda olvidada que acababa apareciendo en el remoto fondo de las ropas colocadas allí en primer lugar.

Ahora la butaca estaba vacía porque yo, antes de sentarme en ella, me había ocupado de limpiarla y de colocar con cierto orden toda la ropa que Laura había apilado sin orden ni concierto.

Se estaba pintando los labios y ponía mucho empeño en no salirse de la línea curva que tenía maravillosamente dibujada. Después se relamía de un extremo a otro con una sensualidad que no sabía si tenía destinatario o si lo hacía porque sí, porque le daba la gana y se sentía bien relamiéndose los labios para correr el carmín y humedecerlo.

Me senté de nuevo en la butaca que a veces hacía de baúl. Ahora eran sus ojos los que merecían la atención de su cepillo de rímel. No acertaba del todo a embadurnar sus pestañas y se ponía nerviosa soltando esporádicos bufidos de indignación que, en vez de mejorar su pulso, lo hacían más tembloroso e impaciente.

—Daniel no es como crees —dijo, sin dejar de intentar trazar ahora una línea de sombra en sus grandes ojos con un lápiz que a veces temblaba en sus manos—. Te aseguro que le duele desprenderse de muchas cosas. Lo que ocurre es que lo tiene que hacer.

Apenas había hablado de él con ella, y por eso me sorprendió que me atribuyera una forma de pensar sobre la que no tenía noticias de primera mano. Pero siguió hablando como si tal cosa, como si ese reparo que yo interponía en silencio no tuviera nada que ver con ella:

—¿Dónde iba a meter todo lo que hay en esta casa, todos esos libros? Además, no todas las cosas tienen igual valor. Es comprensible que venda unas cosas y otras se las guarde. Lo que hay en este cuarto, por ejemplo —y levantó por un instante la vista hacia las cosas—, es invendible. Lo quiere conservar. La máquina que te enseñé. El reloj que casi se cae. Los libros que hay sobre la cómoda. Las cartas que escribió su padre y las que le escribieron a él escritores ingleses amigos suyos —y permaneció un instante dando la impresión de que estaba buscando nombres, aunque, al mismo tiempo, estuviera contrariada por ser incapaz de encontrarlos.

Apartó la colcha, dobló las rodillas e inspeccionó el estado de las uñas de los pies y decidió pintárselas con un esmalte rojo que sacaba con un pequeño pincel de un frasco de los muchos que se apretaban en la fortificación de su mesilla de noche.

Yo seguía la operación con una curiosidad que me obligaba a preguntarme sobre la facilidad con que Laura traspasaba los límites del pudor y se introducía en su propia casa —la casa de sus costumbres y necesidades—, prescindiendo por completo de mí o convirtiéndome en la amiga ante la que es posible cualquier gesto, por más íntimo que sea, porque su mirada es cómplice y no surge de las preguntas por las que ha rondado previamente el deseo o una curiosidad que no puede saciar el simple hecho de mirar. Laura protegía sus piernas con los pliegues del camisón y, al inclinarse hacia adelante, dejaba ver sus pechos pequeños, y yo entonces, ligeramente incomodado, incapaz de ser la amiga que acepta con completa naturalidad la relativa desnudez de su compañera y pasa de largo para enfrascarse en sus asuntos, miraba hacia atrás o hacia los lados con la intención de que, al menos ante mí mismo, nadie pudiera acusarme de que aprovechaba su naturalidad para alimentar mis furtivas fantasías. Si me miraba, no quería que me sorprendiera atrapado en el sueño de quererla más de lo que me había propuesto. No quería que pareciera que ella era para mí el lago en calma que iba a atravesar para llegar a la orilla donde no podría estar con nadie excepto conmigo. Por eso se me ocurrió pregun-

tar por Daniel, el ausente, el legítimo propietario de los deseos que yo había ocupado provisionalmente sin querer ser demasiado consciente de ello.

—No tengo ni idea —dijo—. Habrá salido a solucionar algunos de sus múltiples problemas, de esos que no tienen solución o que no merece la pena buscarla. Líos en los que se mete o en los que le meten.

Calló y me miró, no con desenfado pero sí con desenvoltura, como si nos conociéramos hacía mucho tiempo y hubieran ocurrido tantas cosas entre nosotros que la familiaridad surgiera con una facilidad cómoda y no solicitada.

—O puede que esté en la habitación de la entrada —añadió.

—No estaba allí hace un instante —le recordé.

—A veces está allí aunque no lo parezca —dijo separando cuidadosamente el dedo meñique del pie del otro dedo vecino para pintar su uña diminuta con más comodidad—. Quita la música y ni siquiera respira. Lee o se abstrae, según los casos. Ni siquiera a mí me deja entrar. Pero lo hago a veces. Pongo cualquier disculpa y entro. Normalmente está con los ojos cerrados, en completo silencio, sentado en una butaca o echado en un sofá de terciopelo rojo, muy desgastado. Abre los ojos, me mira y me deja estar cerca de él, pero sin decirme nada. Aún no sé qué es lo que piensa en esos casos.

—¿Sólo en esos casos? —le pregunté.

Laura siguió pintándose las uñas de los pies. Del frasco del esmalte salía un olor penetrante y agradable y por un instante me abandoné a la sensación de ver y oler únicamente. Competí con ella en la capacidad de abstraerse olvidando por completo las razones por las que se estaba allí. Hubiera querido pedirle el frasco y haber aspirado la fragancia que invitaba a suspender la vida y dejarla navegar por una clase de placer tóxico pero reconfortante.

En ese instante se oyó la puerta de la entrada. Me puse de pie rápidamente —«Es Daniel», le dije nerviosamente a Laura— y, precipitadamente, como si ante mí mismo fuera culpable de lo que podría imaginar él de mi presencia en ese cuarto a esas horas en compañía de Laura, quise salir del cuarto. Laura dejó el frasco de esmalte sobre la mesilla, se volvió a acostar —hasta entonces había permanecido acullada sobre la cama— y me dijo entre risas nerviosas:

—Ya hablaremos.

Puse su ropa sobre la butaca, intentando restablecer inconscientemente un desorden que en ningún caso pudiera provocar sospechas («¿Quién ha estado aquí? ¿Quién ha puesto orden en toda esta ropa? ¿Quién ha estado cuidándote?»). Le envié a Laura un beso con la mano y salí de allí, mirando antes hacia los dos lados del pasillo, por si venía alguien. Volví a la habitación donde se encontraba la foto de los padres de Daniel y enseguida me di cuenta de que mi abrigo no estaba allí. Esperé un rato, por si acaso. No oí ruidos en el pasillo ni voces en la entrada. Salí sigilosamente, atravesé el pasillo a oscuras, pensé en Laura al pasar por su cuarto y llegué al salón, en el que tampoco había nadie aunque estuviera dada la luz. Miré a la habitación prohibida y vi que, como casi siempre, había luz dentro. Me acerqué con sigilo y volví a escuchar por si averiguaba quién estaba dentro. Reconocí la voz de Daniel, muy apagada, muy lejana. Conversaba con alguien, parecía ser, pero ese alguien —un hombre con toda probabilidad— apenas emitía monosílabos. No se oía ninguna música ni se oían los ruidos enigmáticos del vicio, los chasquidos ahogados, las raspaduras secas, los tintineos sofocados por la precaución. Sólo Daniel, con su nasalidad natural, con su endémico resfriado —real o fingido, nunca lo supe—, ponía voz humana a aquel silencio que, a cualquier otro que no hubiera sido yo, acostumbrado ya a aquellos silencios y aquellas transacciones, hubiera podido intimidar.